

ASPECTOS FORMALES DE LA ESCRITURA EN PROSA DE SAN JUAN DE LA CRUZ A LA LUZ DE SU SUPUESTA PERSONALIDAD OBSESIVA

F. JAVIER ÁLVAREZ RODRÍGUEZ
Servicio de Psiquiatría
Hospital de León

RESUMEN

Presentamos un estudio sobre aspectos formales de la prosa de san Juan de la Cruz a la luz de su personalidad obsesiva. Tras analizar los rasgos característicos propios de la escritura del obsesivo, especialmente la tendencia a la repetición de palabras y construcciones, comprobamos la existencia de esta marcada tendencia iterativa en la prosa del místico español.

PALABRAS CLAVE

San Juan de la Cruz, prosa, repetición, personalidad, obsesiva.

ABSTRACT

We present a study about formal aspects of St. John of the Cross' prose according to his obsessive personality. We analyzed the obsessive personality at the writting, principally the tendency to repetition, and we prove this strong iterative trait in the Spanish mystic's prose.

KEY WORDS

St. John of the Cross, prose, repetition, personality, obsessive.

RÉSUMÉ

Nous présentons un étude au sujet des aspects formels de la prose de saint Jean de la Croix à la lumière de son personnalité obsessionnelle. Après avoir analysé les traits caractéristiques de l'écriture obsessionnelle, fondamentalement la tendance itérative, nous vérifions la présence des mêmes dans la prose du mystique espagnol.

MOTS-CLÉ

Saint Jean de la Croix, prose, itérative, personnalité, obsessionnelle.

El estudio de la figura de san Juan de la Cruz como escritor, y más concretamente como prosista, puede llevarse a cabo desde muy diferentes ángulos: literario, teológico, psicológico... Cabe igualmente abordar dicho análisis desde el punto de vista psiquiátrico, es decir, estudiar a san Juan de la Cruz a la luz de su psicopatología. Precisamente este es el tema objeto de la tesis doctoral que, con el título *Mística y depresión: San Juan de la Cruz*, hemos defendido recientemente en el Departamento de Filología Hispánica de la Universidad de León.

Allí se analiza de manera extensa y detallada la psicopatología padecida por san Juan de la Cruz, con dos conclusiones fundamentales a este respecto: san Juan de la Cruz padecía de depresiones endógenas, depresiones que asentaban sobre una clara personalidad obsesiva.

Dejamos allí claramente establecido cómo la personalidad obsesiva de san Juan de la Cruz se desprende, por una parte de los abundantes datos biográficos que apuntan en este sentido, pero también del contenido doctrinal de su teología espiritual, toda ella caracterizada por una enorme rigidez y tremenda inflexibilidad propias del carácter obsesivo.

Pues bien, los rasgos propios de la personalidad obsesiva se manifestarán no sólo en los datos biográficos del escritor que presenta dicha personalidad y en el contenido de su obra literaria, sino que asimismo podremos constatar esta personalidad obsesiva en los rasgos formales de su escritura.

Éste, y no otro, va a ser el objeto del presente artículo: el estudio de la personalidad obsesiva de san Juan de la Cruz a la luz de los rasgos formales de su escritura, es decir, determinar si a través del análisis de los mismos podemos concluir también que nuestro místico poseía dicha personalidad.

Antes de pasar dicho análisis formal, repasemos brevemente cuáles son las características que los especialistas en psicopatología atribuyen al lenguaje del obsesivo.

Segun M. Lorenz¹, en la escritura de los obsesivos encontraríamos los siguientes elementos característicos:

- a. Punto de vista circunscrito.
- b. Observaciones faltas de colorido.
- c. Busca más el resaltar las relaciones que conseguir una descripción.
- d. Son muy frecuentes las repeticiones, disyunciones, especificaciones y modificaciones.

Para Veron y Sluzki², a su vez, el lenguaje de los obsesivos se caracteriza por:

- a. El alto número de repeticiones.
- b. La tendencia a corregir y completar las frases una vez enunciadas.
- c. Marcada redundancia en el lenguaje que, a causa de las repeticiones, acaba perdiendo valor comunicativo.

Montserrat-Esteve³, resumiendo diversos trabajos, concluye que el lenguaje de los obsesivos se caracteriza por:

- a. Tendencia a repetir palabras, construcciones e ideas.
- b. Tendencia a repetir, corregidas y ampliadas, ideas previamente expuestas.
- c. Tendencia a la duda con dificultad para decantarse por una u otra elección y el consiguiente uso exagerado de conjunciones disyuntivas y copulativas.
- d. Preocupación por lo accesorio y concreto.
- e. Preocupación por las clasificaciones, divisiones y esquemas.
- f. Todo lo anterior lleva a que el lenguaje del obsesivo se vuelva redundante, con escaso valor comunicativo.

A la luz de estos rasgos que hemos descrito como propios de la escritura del obsesivo, vamos a ir repasando las obras de san Juan de la Cruz en su aspecto puramente formal para ver si somos capaces de determinar en ellas la existencia de dichos rasgos.

1. Lorenz, M.: "Expressive behavior and language patterns", *Psychiatry*, 18 (1955): 353-66.

2. Veron, E. y Sluzki, C.: *Comunicación y neurosis*. Buenos Aires: Editorial Instituto, 1970.

3. Montserrat-Esteve, S.: "El lenguaje del enfermo obsesivo", *Estados Obsesivos* (Ed. Vallejo Ruiloba). Barcelona:, Salvat, 1995, 55-70.

REPETICIONES LÉXICAS

Analizamos en primer lugar la repetición de palabras, si una palabra aparece, o no, repetida muchas veces. Inmediatamente constatamos que se trata de un rasgo muy característico de nuestro autor.

En efecto, en 2S 4, 3^a encontramos una típica construcción sanjuanista a base de la palabras *ciego* y el verbo *ver* que se repiten cada una de ellas cuatro veces:

El *ciego*, si no es bien *ciego*, no se deja bien guiar del mozo de *ciego*, sino que, por un poco que *ve*, piensa que por cualquiera parte que *ve*, por allí es mejor ir, porque no *ve* otras mejores; y así puede hacer errar al que le guía y *ve* más que él, porque, en fin, puede mandar más que el mozo de *ciego*.

Otro ejemplo característico de repetición de palabras lo encontramos en 3S 17, 1 donde repite el lexema *goz-*nada menos que diez veces:

La primera de las pasiones del alma y afecciones de la voluntad es el *gozo* [...] porque nunca la voluntad se *goza* sino cuando la cosa le hace aprecio y da contento.

Esto es cuanto al *gozo* activo, que es cuando el alma entiende distinta y claramente de lo que se *goza*, y está en su mano *gozarse* y no *gozarse*. Porque hay otro *gozo* pasivo, en que se puede hallar la voluntad *gozando* sin entender cosa clara y distinta, y a veces entendiéndola, de qué sea el tal *gozo*, no estando en su mano tenerle o no tenerle. Y de éste trataremos después. Ahora diremos del *gozo* en cuanto es activo y voluntario de cosas distintas y claras.

El místico repite una y otra vez la palabra *gozo* en un intento siempre imposible de extraer la sustancia toda del vocablo.

Otra muestra de reiteración de dos palabras, *baga* y *cauterio* en este caso, lo tenemos en LB 2, 6:

Habiendo el alma hablado con el *cauterio*, habla ahora con la *llaga* que hace el *cauterio*. Y, como el *cauterio* era suave, según ha dicho, la *llaga*, según razón, ha de ser conforme el *cauterio*. Y así *llaga* de *cauterio* suave será *llaga* regalada, porque, siendo el *cauterio* de amor ella será *llaga* de amor suave, y así será regalada suavemente.

4. Todas las citas de san Juan de la Cruz están tomadas de la Decimotercera Edición de las *Obras Completas* de san Juan de la Cruz de la Biblioteca de Autores Cristianos, publicada en Madrid en 1.991. Utilizamos las siglas y signos convencionales que ofrece dicha edición para su localización.

Sin duda el ejemplo más llamativo de la tendencia obsesiva a repetir una misma palabra lo encontramos en CA 35, 5. No se nos oculta que san Juan estaba absolutamente enamorado de la hermosura de las criaturas, reflejo pálido de la Belleza divina. Tampoco se nos escapan los ecos tremendos que esta palabra evoca en san Juan de la Cruz, quien con tan sólo oírla en boca de Francisca de la Madre de Dios poco menos que cae en éxtasis. En efecto, un día le pregunta fray Juan a la hermana Francisca⁵: “¿En qué trae la oración?”, y ella responde: “En mirar la hermosura de Dios y holgarme de que la tenga”. Vive esta respuesta con tal intensidad interior que durante días se le ve absorto y entusiasmado, y compone luego las cinco últimas estrofas del *Cántico espiritual*.

Pero es que, ni aun así: el autor, comentando el verso *Y vámonos a ver en tu hermosura*, repite nada menos que ¡veinte veces! la palabra hermosura en tan sólo nueve líneas:

Que quiere decir: hagamos de manera que por medio de este ejercicio de amor ya dicho lleguemos a vernos en tu *hermosura*; esto es, que seamos semejantes en *hermosura*, y sea tu *hermosura* de manera que, mirando el uno al otro, se parezca a ti en tu *hermosura* y se vea en tu *hermosura*, lo cual será transformándome a mi en tu *hermosura*; y así te veré yo a ti en tu *hermosura*, y tú a mí en tu *hermosura*, y tú te verás en mi en tu *hermosura*, y yo me veré en ti en tu *hermosura*; y así parezca yo tú en tu *hermosura*, y parezcas tú yo en tu *hermosura*, y mi *hermosura* sea tu *hermosura* y tu *hermosura* mi *hermosura*, y seré yo tú en tu *hermosura*, y serás tú yo en tu *hermosura*, porque tu *hermosura* misma será mi *hermosura*” (CA 35, 5).

Encontramos aquí a san Juan intentando aprehender la absoluta Hermosura divina de la que disfrutó en otro momento y, sin conseguirlo, repite una y otra vez el mismo vocablo. La danza entre *tú* y *yo*, entre *mi hermosura* y *tu hermosura*, va adquiriendo un ritmo más y más rápido hasta volverse casi frenético. Reitera el mismo lexema *hermosura* junto con los morfemas *yo*, *tu*, *tú*, *mi*, *mí* y *ti*, con funciones de pronombre o de adjetivo, que se suceden incansablemente hasta convertir el párrafo, casi, en un trabalenguas. Comentando este punto, Federico Ruiz⁶ señala:

Sin violencias, lo dice claramente el verso desnudo y sin encarecimientos. Quiere traducirlo a otro lenguaje, en otros términos. Pero no

5. Crisógono de Jesús: *Op. cit.*, 1991, 192.

6. Ruiz, Federico: *Introducción a san Juan de la Cruz*. Madrid: B.A.C., 1968, 119.

halla términos que lo sustituyan, y así, en vez de traducir, repite casi treinta veces “hermosura”, en distintas combinaciones.

Ya hemos señalado que el vocablo *hermosura* tiene especiales connotaciones para san Juan de la Cruz, y que eso podría explicar en parte un empleo tan reiterativo. Pero es que en CB 3, 48 encontramos otro ejemplo en el que se repite el verbo *entender* y el sustantivo *entendimiento* ¡hasta catorce veces en tan sólo doce líneas!:

«¡Oh –dirás–, que no *entiende* nada distintamente, y así no podrá ir adelante!» Antes te digo que, si *entendiese* distintamente, no iría adelante. La razón es porque Dios a quien va el *entendimiento* excede al [mismo] *entendimiento*; y así es incomprendible e inaccesible al *entendimiento*, y, por tanto, cuando el *entendimiento* va *entendiendo*, no se va llegando a Dios, sino antes apartando. Y así, antes se ha de apartar el *entendimiento* de sí mismo y de su inteligencia para allegarse a Dios, caminando en fe, creyendo y no *entendiendo*. Y de esa manera llega el *entendimiento* a la perfección, porque por fe y no por otro medio se junta con Dios; y a Dios más se llega el alma no *entendiendo* que *entendiendo*. Y, por tanto, no tengas de eso pena, que si el *entendimiento* [no] vuelve atrás –que sería si se quisiese emplear en noticias distintas y otros discursos y *entenderes*, sino que se quiere estar ocioso–, adelante va, pues que se va vaciando de todo lo que en él podía caer, porque nada de ello era Dios, pues, como habemos dicho, Dios no puede caber en él.

De nuevo en LB 3, 78 encontramos la reiteración del sustantivo *Dios* de tal forma insistente, que resulta difícil alcanzar la comprensión del párrafo:

[...] porque estando ella aquí hecha una misma cosa con él, en cierta manera es ella *Dios* por participación; que aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es como dijimos, como sombra de *Dios*. Y a este talle, siendo ella por medio de esta sustancial transformación sombra de *Dios*, hace ella en *Dios* por *Dios* lo que él hace en ella por sí mismo, al modo que lo hace, porque la voluntad de los dos es una, y así la operación de *Dios* y de ella es una. De donde, como *Dios* se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida en *Dios*, está dando a *Dios* al mismo *Dios* en *Dios*, y es verdadera y entera dádiva del alma a *Dios*.

Y, finalmente, en LB 1, 6 repite la palabra *vida*, y sus variantes, nada menos que 18 veces:

Y así, estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre, Hijo y Espíritu ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de *vida* eterna, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta *vida*? Mas es tan

subido el deleite que aquel llamear del Espíritu hace en ella, que la hace saber a qué sabe la *vida* eterna. Que por eso llama a la llama *viva*; no porque no sea siempre *viva*, sino porque le hace tal efecto, que la hace *vivir* en Dios espiritualmente y sentir *vida* de Dios, al modo que dice David: Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios *vivo* (Ps 83,3). No porque sea menester decir que sea *vivo*, pues siempre lo está, sino para dar a entender que el espíritu y sentido *vivamente* gustaban a Dios hechos en Dios, lo cual es gustar a Dios *vivo*; esto es *vida* de Dios y *vida* eterna. Ni dijera David allí: Dios *vivo*, sino porque *vivamente* le gustaba, aunque no perfectamente, sino como un viso de *vida* eterna.

Y así, en esta llama siente el alma tan *vivamente* a Dios y le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice: ¡Oh llama de amor *viva*!

REPETICIÓN DE CONSTRUCCIONES MORFOSINTÁCTICAS

La repetición una y otra vez de la misma estructura morfosintáctica es otro de los trazos formales distintivos de la escritura del obsesivo. Pues bien, encontramos también este rasgo de forma profusa en la obra sanjuanista. Efectivamente, son elaboraciones típicas de su prosa aquellas en las que repite una y otra vez la misma construcción, variando en cada ocasión alguno de los complementos. Consigue con ello una cadencia de monotonía, con independencia de los posibles logros retóricos que no entramos a analizar como tales:

Pongamos ejemplo en todas las potencias: privando el alma su apetito en el gusto de todo lo que el sentido del oído puede deleitar, según esta potencia se queda el alma a oscuras y sin nada. Y privándose del gusto de todo lo que al sentido de la vista puede agradar, también según esta potencia se queda el alma a oscuras y sin nada. Y privándose del gusto de toda la suavidad de olores que por el sentido del olfato el alma puede gustar, ni más ni menos según esta potencia, se queda a oscuras y sin nada. Y negando también el gusto de todos los manjares que pueden satisfacer al paladar, también se queda el alma a oscuras y sin nada. Y, finalmente, mortificándose el alma en todos los deleites y contentamientos que del sentido del tacto puede recibir, de la misma manera se queda el alma según esta potencia a oscuras y sin nada. De manera que el alma que hubiere negado y despedido de sí el gusto de todas las cosas, mortificando su apetito en ellas, podremos decir que está como de noche, a oscuras, lo cual no es otra cosa sino un vacío en ella de todas las cosas (1S 3, 2).

En este ejemplo, el autor repite hasta cinco veces la misma construcción: se sirve para ello de la conjunción copulativa *y*, así como del

verbo *privar*, del sustantivo *gusto* o la acción de *gustar*, del adjetivo o adverbio *todo* y del verbo *poder*, palabras todas ellas repetidas cinco veces. Reitera igualmente la construcción *según esta potencia se queda el alma a oscuras y sin nada*, hasta cuatro veces.

Otro caso bien significativo de repetición insistente de la misma construcción sintáctica nos lo ofrece en LB 3, 6. Nótese asimismo la reiteración de la cópula y:

[...] porque siendo él omnipotente, hácete bien y ámate con omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te hace bien y ama con sabiduría; y siendo infinitamente bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama y hace mercedes con santidad; y siendo él justo, sientes que te ama y hace mercedes justamente; siendo él misericordioso, piadoso y clemente, sientes su misericordia y piedad y clemencia; y siendo él fuerte y subido y delicado ser, sientes que te ama fuerte, subida y delicadamente; y como sea limpio y puro, sientes que con pureza y limpieza te ama; y como sea verdadero, sientes que te ama de veras; y como él sea liberal, conoces que te ama y hace mercedes con liberalidad sin algún interés, sólo por hacerte bien; y como él sea la virtud de la suma humildad, con suma bondad y con suma estimación te ama.

Otro ejemplo típico de repetición del mismo esquema morfosintáctico, lo leemos en 1S, 4, 5, 6, 7 y 8, donde repite nada menos que siete veces igual construcción:

[...] que todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito [ser] de Dios, nada es [...]. Toda la hermosura de las criaturas, comparada con la infinita hermosura de Dios, es suma fealdad [...]. Y toda la bondad de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, se puede llamar malicia [...]. Y toda la sabiduría del mundo y habilidad humana, comparada con la sabiduría infinita de Dios, es pura y suma ignorancia [...]. Y todo el señorío y libertad del mundo, comparado con la libertad y señorío del espíritu de Dios, es suma servidumbre, y angustia, y cautiverio [...]. Y todos los deleites y sabores de la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con todos los deleites que es Dios, son suma pena, tormento y amargura [...]. Todas las riquezas y gloria de todo lo criado, comparado con la riqueza que es Dios, es suma pobreza y miseria.

Otros casos muy característicos de iteración de la misma estructura sintáctica son los diversos dichos que encontramos adornando la subida del *Monte de perfección*⁷:

7. San Juan de la Cruz: *Obras Completas*. Madrid: B. A. C., 1991, 190-5.

Para venir a gustarlo todo
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a saberlo todo

no quieras saber algo en nada.
Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo
no quieras ser algo en nada.
Para venir a lo que no gustas
has de ir por donde no gustas.
Para venir a lo que no sabes
has de ir por donde no sabes.
Para venir a poseer lo que no posees
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres
has de ir por donde no eres.

Cuando reparas en algo
dejas de arrojarte al todo.
Para venir del todo al todo
has de dejarte del todo en todo,
y cuando lo vengas del todo a tener
has de tenerlo sin nada querer.

Ni esotro - ni esotro.
Ni eso - ni eso.

Cuanto más tenerlo quise con tanto menos me hallé.
Cuanto más buscarlo quise con tanto menos me hallé.
Cuando ya no lo quería téngolo todo sin querer.
Cuando menos lo quería téngolo todo sin querer.
No me da gloria nada.
No me da pena nada.

REPETICIÓN DE CONJUNCIÓNES COPULATIVAS Y DISYUNTIVAS

En su imposibilidad para elegir a causa de su tendencia patológica a la duda, el obsesivo prefiere asumir todas las opciones antes que verse obligado a optar por una de ellas. Es otro de los rasgos más característicos de la escritura del obsesivo, que prefiere ir incluyéndolo todo, de forma sucesiva, a base de cópulas o disyunciones antes que despren-

derse de algo. Veamos algunos ejemplos extraídos aquí y allá de las obras del místico:

[...]no puede dejar de oír y ver y oler y gustar y sentir (1S 3, 4).

[...] de memoria, o entendimiento, o voluntad, o aplicar el sentido, o apetito, o noticia, o jugo, o gusto (LB 3, 41).

[...] cuando se ase a algún entender, o sentir, o imaginar, o parecer, o voluntad, o modo suyo, o cualquiera otra cosa o obra propia (2S 4, 4).

[...] no tiene el alma que hacer ni que querer, ni que no querer, ni que desechar, ni que temer (2S 31, 2).

[...] ni esotro - ni esotro-.

ni eso - ni eso⁸.

REPETICIÓN SIMULTÁNEA DE LEXEMAS, CONJUNCIONES Y ESTRUCTURAS

Hasta aquí hemos analizado ejemplos de repetición de palabras, de conjunciones y de construcciones por separado. Ahora bien, lo más frecuente es que este uso iterativo ocurra de modo conjunto y entremezclado, es decir, combinando al tiempo los tres elementos citados, lo que nos da una prosa típica de san Juan de la Cruz, por momentos machacona e insistente. Ejemplo de ello lo encontramos en CB 34, 5:

[...] de la tórtola se dice que, cuando no halla a su consorte, *ni se asienta* en ramo verde, *ni bebe* el agua clara *ni fría*, *ni se pone* debajo de la sombra, *ni se junta* con otra compañía. Pero en juntándose con él, ya goza de todo esto. [...] porque con tanto amor y solicitud le conviene andar, que no asiente el pie del apetito en ramo verde de algún deleite, *ni quiera beber* el agua clara de alguna honra y gloria del mundo, *ni la quiera gustar* fría de algún refrigerio o consuelo temporal, *ni se quiera* poner debajo de la sombra de algún favor y amparo de criaturas; no queriendo reposar nada en nada ni acompañarse de otras aficiones, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar a su Esposo en cumplida satisfacción.

Igualmente en CB 10, 8 repite una y otra vez los términos lumbre y ojos, aunque ahora, al menos así nos parece a nosotros, con menos gracia:

8. *Ibidem*, 190-5.

Demás de que Dios es *lumbre* sobrenatural de los *ojos* del alma, sin la cual está en tinieblas, llámale ella aquí por afición *lumbre* de sus *ojos*, al modo que el amante suele llamar al que ama *lumbre* de sus *ojos*, para mostrar la afición que le tiene. Y así es como si dijera en los dos versos sobredichos: pues los *ojos* de mi alma no tienen otra *lumbre*, ni por naturaleza ni por amor, sino a ti, véante mis *ojos*, pues de todas maneras eres *lumbre* de ellos. Esta *lumbre* echaba menos David cuando con lástima decía: La *lumbre* de mis *ojos*, ésa no está conmigo.

En CB 38, 3 tenemos otra reiteración de monemas, sintagmas y estructuras oracionales:

[...] así entonces le amaré también como es amada de Dios; porque, así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, su voluntad será voluntad de Dios, y así su amor será amor de Dios. Porque, aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de él es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de él es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios. Y así, ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios.

Hallamos en 1N 2, 6 otro ejemplo de reiteración obsesiva de la estructura sintáctica *cuanto más... tanto más*, junto con otras iteraciones:

Porque cuanto más fervor llevan y cuantas más obras hacen y gusto tienen en ellas, como van en humildad, tanto más conocen lo mucho que Dios merece y lo poco que es todo cuanto hacen por él; y así cuanto más hacen tanto menos se satisfacen; que tanto es lo que de caridad y amor querrían hacer por él, que todo lo que hacen no les parezca nada; y tanto les solicita, ocupa y embebe este cuidado de amor, que nunca advierten en sí los demás hacen o no hacen; y si advierten, todo es, como digo, creyendo que todos los demás son muy mejores que ellos.

En CB 1, 12 encontramos otro hermoso ejemplo de repetición léxica y sintáctica, así como de reiteración semántica:

Quiero decir que nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de Dios, sino en lo que no entendieres de él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres o sintieres de Dios, sino ama y deléitate en lo que no puedes entender y sentir de él.

Ciertamente esta tendencia a la repetición de palabras, y de otras estructuras morfosintácticas, típica de la prosa sanjuanista, ha sido abordada desde otros prismas y, cómo no, desde el ángulo del estilo literario. En efecto, basándose primordialmente en este rasgo iterativo, se

ha hablado de la excesiva preocupación de san Juan de la Cruz por lo formal y de su posible pertenencia al manierismo.

El movimiento manierista, según E. Orozco⁹, se basa en “complicados ademanes, que no se responden, sino que se repiten”, es decir, en el fenómeno iterativo que aquí venimos contemplando. Maria Luisa Caturla¹⁰ refiriéndose a esta marcada tendencia a la reiteración del estilo manierista, indica: “Mas toda forma reiterada es rigor impuesto: la vida en libertad no se repite”.

Caracterizado así el manierismo por su rígida tendencia formalista que le lleva -entre otras cosas- a una forzada reiteración, no es de extrañar que distintos autores hayan visto en san Juan de la Cruz claramente reflejado dicho estilo: es la misma rigidez que nosotros venimos calificando, desde otro ángulo de visión, como repetición obsesiva. Observamos de nuevo cómo un mismo fenómeno resulta interpretado y explicado desde un enfoque distinto.

Precisamente refiriéndose al estilo reiterativo que se observa en san Juan de la Cruz, Ermanno Caldera¹¹ afirma: “Nadie pone en duda que ese volver sobre el mismo vocablo, ese narrar que gira sobre sí mismo, responden a exigencias de comunicación y didácticas, pero no se puede negar la presencia de un gusto por cierta osadía formal que parece prevalecer en determinados momentos. En muchos casos, de todas formas, son muy evidentes los rasgos característicos del manierismo”.

Y tras afirmar que la escritura de san Juan de la Cruz muestra “una adhesión clara a las técnicas expresivas y a las directrices teóricas del manierismo de los últimos años del siglo XVI”¹², aporta Ermanno Caldera dos ejemplos de su “acogida de detalles manieristas [...] en los que aflora un consciente formalismo”¹³. Pues bien, ambos ejemplos son muestras típicas de lo que nosotros venimos caracterizando como iteración léxica propia del obsesivo. El primero se refiere a LB 3, 3, en el que la palabra *lámpara* aparece una y otra vez:

Y así, en todas [las] *lámparas* particularmente el alma ama inflamada de cada una y de todas ellas juntamente, porque todos estos atributos son un ser, como habemos dicho. Y así, todas estas *lámparas* son una *lámpara* que, según sus virtudes y atributos, luce y arde como muchas

9. Orozco, E.: *Manierismo y Barroco*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1975, 42.

10. *Ibidem*, 42.

11. Caldera, Ermanno: “El manierismo en san Juan de la Cruz”, *Prohemio*: (1970): 336.

12. *Ibidem*, 334.

13. *Ibidem*, 335.

lámparas. Por lo cual el alma en un solo acto de la noticia de estas *lámparas* ama por cada una, y en eso ama por todas juntas, llevando en aquel acto calidad de amor por cada una, y de cada una, y de todas juntas, y por todas juntas.

El segundo ejemplo que aporta Ermanno Caldera se refiere a las dos últimas líneas de CB 2, 34 en las que también apreciamos una clara reiteración de las palabras *vida* y *muerte*:

¡Oh *muerte!*, yo seré tu *muerte*, que es como si dijera: yo que soy la *vida*, siendo *muerte* de la *muerte*, la *muerte* quedará absorta en *vida*.

Sea como fuere, esta tendencia obsesiva de san Juan de la Cruz a insistir una y otra vez en el mismo lexema o en igual construcción sintagmática, se traduce en muchas ocasiones en construcciones llenas de belleza, ritmo y cadencia que se aproximan al lenguaje poético. De hecho la propia poesía de san Juan de la Cruz presenta, a menudo, estos rasgos iterativos que le confieren una enorme belleza, como señala Dámaso Alonso¹⁴: “Podemos comprender aún mejor la inquietadora belleza y la fuerza interior de estos versos, la oscura noche del alma y de los sentidos en que nacieron, la busca *obsesionante*, incesante, que parece medida por ese estribillo que cae rítmicamente como una reiteración de pesadilla: aunque es de noche” [El subrayado es nuestro].

Encontramos también en su prosa ejemplos de notable hermosura a base de iteraciones copulativas, junto con reiteración de palabras y de la estructura morfosintáctica, en perfecta similitud, que consiguen, en ocasiones, dotar al párrafo de un ritmo claro que lo aproxima a la prosa poética. Así, en CB 36, 12:

Porque el más puro padecer trae más íntimo y puro entender, y por consiguiente más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber.

Otro logrado ejemplo de repetición de las mismas palabras, pero –sobre todo– de la misma construcción en este caso, en una rítmica y similar cadencia, lo encontramos en el prólogo de *Cántico*, cuando san Juan de la Cruz nos explica la imposibilidad de dar a entender “con alguna manera de palabras” lo que fue compuesto en amor e inteligencia mística. Se trata de la escueta, clara y bella definición de la inefabilidad mística que tan favorablemente impresionó a Jorge Guillén¹⁵:

14 Alonso, D.: *La poesía de san Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial Aguilar, 1966, 170.

15. Citado por Cuevas, C.: *Presencia de san Juan de la Cruz* (Ed.: Paredes Núñez). Granada: Universidad de Granada, 1993, 23.

Porque ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas, donde él mora, hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas, por quien pasa, lo pueden (CB pról., 1).

Reseñemos todavía un último ejemplo en el que el místico intenta expresarnos –mediante balbuceos que se repiten– lo indecible de la hermosura divina, logrando una gran belleza merced a dichas iteraciones:

[...] un no sé qué que se siente queda por decir, y una cosa que no se conoce quedar por descubrir, y un subido rastro que se descubre al alma de Dios quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios que no se sabe decir (CB 7, 9).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, D. (1966): *La poesía de san Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial Aguilar.
- CALDERA, E. (1970): "El manierismo en san Juan de la Cruz", *Prohemio*, 1, 333-55.
- CRISÓGONO DE JESÚS (1991): *Vida de san Juan de la Cruz*. Madrid: B. A. C.
- CUEVAS, C. (1993): *Presencia de san Juan de la Cruz* (Ed.: Paredes Núñez). Granada: Universidad de Granada.
- LORENZ, M. (1955): "Expressive behavior and language patterns", *Psychiatry*, 18, 353-66.
- MONTSERRAT-ESTEVE, S. (1995): "El lenguaje del enfermo obsesivo", *Estados Obsesivos* (Ed: Vallejo Ruiloba). Barcelona: Salvat, 55-70.
- OROZCO, E. (1975): *Manierismo y Barroco*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- RUIZ, F. (1968): *Introducción a san Juan de la Cruz*. Madrid: B. A. C.
- SAN JUAN DE LA CRUZ (1991): *Obras Completas*. Madrid: B. A. C.
- VERON, E. y SLUZKI, C. (1970): *Comunicación y neurosis*. Buenos Aires: Editorial Instituto.